



Cuaderno N° 3

“El mundo rural en los 50”

*Yamandú González Sierra,  
Alberto Methol Ferré*



**FUNDACION VIVIAN TRIAS**

Colonia 1456 Piso 5. Montevideo 11200. Tel +598 2402 1053. [www.fundacionviviantrias.org](http://www.fundacionviviantrias.org)

# cuadernos de la fundación

Este «Cuaderno de la Fundación» N° 3, lo integramos, exclusivamente, con las exposiciones iniciales de dos de los diez debates del primer Ciclo sobre la «Fermental década de los 50»: el del 6 de octubre de 1995 sobre **sindicalismo rural**, del destacado investigador de nuestro movimiento popular Yamandú González Sierra; y el del 20 del mismo mes y año, sobre **ruralismo en los 50**, del talentoso Prof. Alberto Methol Ferré. Pedimos disculpas a los demás panelistas por no poder incluir sus importantes intervenciones, por meras razones editoriales de fuerza mayor.

Como se verá, ambos textos conforman un riquísimo material acerca del mundo rural de los 50, del que emergieron contradictorios movimientos y cambios que influyeron, grandemente, en el devenir de la segunda mitad del siglo que fenece.

Las versiones que publicamos, no han sido corregidas por sus autores.

## EL MUNDO RURAL EN LOS 50

Yamandú González Sierra

Alberto Methol Ferré

Cuaderno N° 3

Mayo/98

---

## FUNDACION VIVIAN TRIAS

---

## EL MUNDO RURAL EN LOS 50

### 2.- EL RURALISMO

• *PROF. ALBERTO METHOL FERRE*

Para mí hablar de los años 50 y del ruralismo es ir un poco a la búsqueda de los orígenes de la vida pública porque en esa época yo tenía 20 y pocos años y en esa década y en esa experiencia del ruralismo inicié mi comprensión del país. Yo era un hombre del asfalto absoluto, de origen en Luis Alberto de Herrera que para mí había sido el hombre que me hizo comprender las llaves del ayer del Uruguay. Yo he reconocido siempre esa herencia, mi inteligencia histórica del Uruguay está vinculada indisolublemente a Herrera.

Entonces mi experiencia política en el instante en que uno rompe el huevo de la familia, de la escuela y liceo y se asoma a la vida pública, para mí fue 1945.

El año 45 es el final de la 2da. Guerra Mundial y hubo dos acontecimientos para mí fundamentales que determinaron mi existencia por muchos años: uno fue hace 50 años, por lo que fui invitado, por dos o tres días a la Argentina, a recordar el aniversario de aquel 17 de octubre y lo cumplimenté con una emoción otoñal, porque en cierto sentido, fue ese mi comienzo político, que no fue estrictamente uruguayo, fue rioplatense, porque había hecho el proceso de sufrimiento del peronismo, me había hecho ultra peronista y me iba a discutir a los pizarrones de El Día, y yo creo que solamente mi aguda tartamudez, de aquella época, hoy es afortunadamente menos, me salvó de innumerables tundas. La gente decía: «¡Pero pobrecito!, tartamudo y además de admirador de Perón, para colmo, integrante de la Juventud Herrerista». Recuerdo como me movilizó la lucha contra la doctrina de la intervención multilateral contra Argentina del Canciller Rodríguez Larreta.

La primera militancia política que yo hice en el país fue con Herrera en la Juventud Herrerista, contra la doctrina de la intervención multilateral que surgió contra el octubre peronista del 45. Y eso para mí fue muy importante, porque en ese año yo tuve una cantidad de experiencias básicas. Por un lado, a través de Herrera me vinculé intelectualmente al revisionismo histórico, fundamentalmente el argentino y el hispánico de Ramiro de Maeso, que circulaba en la juventud herrerista, «Defensa de la Hispanidad», pero no era eso sólo.

También fue mi encuentro con Victor Haya de la Torre en el año 45. En el fondo Haya fue el primer intento, luego tuvo otras derivaciones, de generar un marxismo nacional latinoamericano, en los años 20. Es el primero que intenta fundar un partido, el APRA, de escala latinoamericana. En realidad lo que existió fue el APRA en la Sección Peruana, pero su intención fue fundar por primera vez un partido latinoamericano. El me planteó el asunto de la relación estado e industrialización, y la experiencia argentina del 17 de octubre. Me planteó algo que no se planteaba en el ámbito herrerista: la cuestión del proletariado y de la industrialización. De manera que yo en cierto sentido, por ese ori-

gen, llevaba una cantidad de problemas, no digamos ortodoxos, del herrerismo en que yo nacía.

Esa militancia, esa pasión, (además uno cuando es joven ama a los malditos) tenía otras raíces. Mi padre era un blanco independiente, entonces hacerme herrerista era para autoafirmarme también.

Uno tenía como una sensación épica, cuando uno es joven quiere que la vida política sea épica, y la vida política no es épica, lo es sólo en algunos instantes absolutamente indispensables, que alimentan luego la vida política.

Y entonces vino la coincidencia patriótica; yo entonces no la entendí. La vida de un hombre muy joven es como la de Aquiles, intensa y corta. Hoy ya no, hoy ya soy un Ulises absoluto.

En aquel momento, la enorme riqueza de Uruguay entre el año 46 y 50 fue impresionante. Solamente los que somos otoñales podemos recordar aquella época del Uruguay. Sin embargo para mí se confundió con una vida apolítica, excepto las luchas del 45 y del 46. Inmediatamente vino la coincidencia patriótica, vino el reparto y la armonía, vino el banquete universal de la post guerra y uno quedó como perplejo y sin rumbo y no veía hacia donde esto iba.

Era la época de Jean Paul Sartre, del existencialismo, fui posiblemente el socio número uno o número dos del cine-club, nos hicimos expertos en el cine expresionista alemán, y sabíamos de cine que era una cosa loca. Fue, digamos, una época de una cultura bizantina, el mundo como espectáculo, como representación, teníamos una información impresionante, era la vida como representación no como acción.

Y eso sentíamos que no nos satisfacía pero no sabíamos bien qué posibilidades alternativas había. Comenzó a diferenciarse nuestra acción con la asunción de la tercera posición y con la guerra de Corea que generó una reorganización de las fuerzas en el mundo estudiantil, totalmente distinto al de la época de la guerra.

En la última asamblea en el Ateneo en el año 47, todavía los temas dominantes eran laicismo, libertad en la enseñanza o la lucha contra el Este. En 1948 cuando viene la Guerra de Corea la tercera posición dividió en forma totalmente diferente a todos los bandos. Había católicos en la tercera posición y católicos en la primera posición digamos, socialistas en la primera posición y socialistas en la tercera posición, generó un reordenamiento interno estudiantil totalmente distinto.

Y digamos, empezó allí a la altura del 50, el ruido del conflicto de «botudos »y «galerudos» en el medio rural, pero como un conflicto raro y lejano, y vinieron los primeros síntomas que el gran ciclo de la prosperidad, de la postguerra y de Corea se empezaban a cerrar, que es la huelga de la ANCAP que genera las medidas de seguridad de fines del año 51. Ese es el primer shock, no se habían aplicado en mi vida por lo menos nunca medidas de seguridad por una huelga obrera.

Entonces esa fue la primera experiencia de que algo distinto se empezaba a engendrar en el Uruguay, era síntoma de algo. Y allí escribió en Marcha un viejo amigo herrerista, Aníbal Alzaga, tres artículos diciendo, esto es el fin de la pax británica que nos amamantó. Fue el primero en ubicar con claridad la nueva situación histórica que inaugurábamos.

Esos tres artículos para mi son memorables porque señalan con claridad, en el instante mismo, la percepción del cambio y recuerdo una frase de él que decía: «de la historia pasamos al turismo y con la misma suavidad volvemos del turismo a la historia.» Como diciendo el Uruguay opulento entra en otra época pues ya ha perdido su inserción en el imperio inglés que se retira y que genera un cambio de toda nuestra estructura económico, social y cultural.

El eso lo percibió con nitidez y nosotros nos encontrábamos continuamente con José Claudio Williman y otros más y conversábamos, aunque éramos de diferentes orígenes, pero veíamos que el Uruguay empezaba a amasar otra cosa y en el año 52 se vuelve a repetir el asunto de las medidas de seguridad.

Y aparece el Colegiado y votamos todos en contra del Colegiado. Yo recuerdo que estuve en un acto de la juventud herrerista que había sido convocado para apoyar el Colegiado y como era una juventud formada en el 45, estuvo toda en contra y entonces Herrera vino a cerrar el acto y se encontró que la juventud estaba del otro lado. Y entonces dije, «qué contento que estoy, que sería del Partido Nacional si no tuviera una juventud rebelde», y el viejo adobó la cosa y nos dejó perplejos. «Qué sería si no hubiera rebeldes» y claro al otro día fue una purga mortal, al otro día no se salvó nadie y hubo una fila de jóvenes arrepentidos «hacia la quinta.»<sup>1</sup> Yo dije, no, yo no voy a la quinta, por una cosa muy simple, porque el ómnibus de Herrera no va en línea recta, hace círculos, entonces yo me paro y cuando el ómnibus de vuelta Uds. se van a bajar y yo voy a subir, sin cambiar de rumbo. Y así fue pocos años después.

Estas circunstancias hicieron que un día estábamos varios conversando y vino Real de Azúa y nos dice «vengo de Rocha, vengo de un acto impresionante del ruralismo, de Chicotazo», y ésto y que lo otro, y ahí empezó nuestro interés. «Un tipo que habla por radio, Chicotazo». ¿Qué es ésto? Y que hay multitudes que se juntan. Y bueno lo empezamos a oír. Fue en la época en que comenzaba su polémica con El Día. Y ese era el cordón umbilical que nos unía a todos: la hostilidad al batllismo neto de El Día.

Entonces lo oímos y un día dijimos vamos a verlo, a conversar a ver qué es lo que este hombre nos dice, y allá fuimos a verlo, a la Radio Rural,<sup>2</sup> nos instalamos, lo escuchamos y al final el salió e hizo una reunión y entonces nosotros le dijimos, somos estudiantes, somos profesores, de diferentes orígenes, sentimos una inconformidad con toda esta situación, aquí hay un empantanamiento, y sentimos que el país se encuentra con que hay que generar algo que lo mueva pero no sabemos exactamente qué cosas. ¿Ud. qué diablos es? ¿Qué es lo que está haciendo?

Entonces él nos dio una contestación: «Miren muchachos, yo les puedo decir que el ruralismo es verde, que es azul, que es amarillo, no tiene ninguna importancia. Si Uds. tienen interés en saber qué es ruralismo hay un método sencillo: yo salgo los fines de semana en ómnibus a actos al interior, entonces si Uds. quieren vienen en el ómnibus conmigo y hablan con la gente y Uds. mismos se van a ir dando cuenta lo que es el ruralismo. Pero que yo les explique, no se los voy a explicar».

Para mi fue la mejor contestación que se podía esperar. ¡El tipo a qué iba a gastar saliva con unos estudiantes! Uds. quieren realmente saber, suban a un ómnibus, acompañenme y hablen con la gente, oigan, miren y después se quedan o se van, eso es

asunto de Uds. Y nos encontramos en la casa de él, que estaba en el último examen o el antepenúltimo examen de la facultad. Estaba Reyes Abadie, que no había ido a la reunión inicial, y le dijimos: «¿Sabes a dónde fuimos no? Estuvimos con Nardone, con Chicotazo» y Reyes dijo: «¡El chusmón!». «Sí, le dijimos, ese mismo. Y vamos a ir la próxima semana, hemos decidido ir». El contestó: «Bueno, yo los acompaño a ver cómo es esta cosa».

Así comenzó, es decir las cosas que van a determinar una vida entera acaecen de golpe en la forma más sorprendente y fue como un núcleo, de militantes estudiantiles pasamos del Cine Club al ruralismo. Esa fue la esencia del asunto, porque la FEUU era un cine-club también, era otro cine-club y había sido secretario del cine-club, pero ya estábamos empachados de cine-club, queríamos algo más real con el pueblo, otra cosa.

Y así comenzó un itinerario y lo acompañamos una vez, dos veces, tres veces y cincuenta, y nos hicimos amigos de gente y yo decía, no haremos ninguna revolución pero sí haremos una revolución digestiva, porque cuando se comía, las tortas que hacían las damas ruralistas, eran unos masacotes brutales y uno venía haciendo una digestión en el regreso, que era mortífera porque uno no podía decir nunca que no, cuando le ponían la torta uno tenía que comer. Lo cuento como un aspecto pintoresco, hubo innumerables cosas hermosas que vivimos en todos esos años, en que yo conocí, no como con Herrera, una perspectiva histórica del país, que la aprendí no con él, sino con Nardone. Conocí el Uruguay departamento por departamento, pueblo por pueblo, bailamos en los galpones, estuvimos en los actos; fue impresionante. Claro que eso nos convirtió en un grupo de apóstatas, éramos como desertores de la «intelligentia» montevideana que se pasan a la barbarie.

El 55 recuerdo que fue un año importante, en ese año conocí a Jorge Abelardo Ramos, yo escribí un artículo sobre el marxismo y Jorge Abelardo Ramos porque me había llamado hondamente la atención el nuevo tipo de pensamiento marxista que a mis ojos aparecía en Ramos en la Argentina. Que era para mí insólito, era un marxista que era federal, cosa que era una especie no conocida para mí, pues hasta entonces, unitarios y marxistas, era lo mismo.

Yo lo conocí en setiembre de 1955, a los pocos días del golpe contra Perón, y en noviembre o diciembre Vivian Trías escribe un artículo en «El Sol» que se llamaba «La crisis sustancial del Uruguay», y el título me llamó poderosamente la atención porque eso era lo que pensábamos nosotros, que el país no entraba en una crisis del aspecto *a* o del aspecto *b*, sino en una crisis de su existencia misma que había que replantearse todo el país otra vez. Sentíamos que la hondura de la crisis era tal que no era ni como la de Terra ni como la de Baldomir, eso era un epifenómeno más o menos en un mismo estadio, pero este era un cambio de cancha, pero no sabíamos cuál era esa cancha.

Era la sustancia misma del país lo que entraba en crisis, entonces yo dije: si hay un tipo que piensa esto, a este tipo no me lo pierdo. Y averigüé, quedé contentísimo de saber que era de una especie rara, era un «socialista blanco», de origen federal. Me dije, «¡qué cosa más extraña!». Y ahí comenzó la amistad con Trías, a fines del año 55.

Y el tenía una comprensión por sus orígenes, porque no era un hombre de Montevideo exactamente, era un hombre de la frontera entre el interior y Montevideo, era ya también el Uruguay que había comenzado a fusionar la dicotomía subterránea de los

viejos orientales por un lado y la inmigración que tenía la memoria de su historia en otro lado y que juzgaba la historia del país en función de la memoria en otro lado.

Esa dicotomía que vivió Argentina y Uruguay por 80 o 90 años, a la altura de los años 50 se podría decir que eran uruguayos todos, ya no habían «gringos»<sup>3</sup>, ya eran raros los gringos, la memoria de todos comenzaba a ser la memoria del país. Antes no era así.

Yo desde mi óptica, pensé siempre que la mayoría del país popular en el siglo pasado había sido blanca y que el núcleo, el cogollo del Partido Colorado había sido esencialmente el partido de la defensa, pero con Batlle se había producido una revolución muy extraordinaria, porque siendo un hombre de la tradición unitaria había dado el mayor cauce a un pueblo inmigrante, de alguna forma el era el que se podía comunicar más con la tradición cosmopolita que heredaba. Pero el fue una vía de nacionalización y una repopularización radical del Partido Colorado. En este aspecto hubo otros más tan importantes como él.

Nos encontramos a mitad del 55 con la sensación que el país estaba entrando en una era incierta y que había que reinventar su destino, porque la crisis era en la sustancia misma del país. Entonces había que reinventar el país. Esa fue la ligazón que tuvimos con Trías. Fue también una ligazón histórica. El tuvo una relación simpática, no hacia Chicotazo como tal, sino hacia el significado del nacimiento y la irrupción en esos años de las clases medias rurales en el país, —cuyo augurio había sido la elección de Don Tomás Berreta— y que con Nardone significaba cosas complejas e interesantes.

Yo les voy a contar dos o tres anécdotas significativas que le van a dar un sentido de su óptica. Había habido unas declaraciones de Vasconcellos sobre reforma agraria, me acuerdo, y entonces Nardone había dicho unas cosas contra Vasconcellos y a mi el modo en que lo había dicho no me había gustado, entonces yo acostumbraba a que cuando tenía alguna divergencia, alguna duda importante, lo iba a visitar sólo a la casa y conversaba sólo con él, porque no se puede discutir en público con un líder, hay que discutir a solas con el líder sino el líder a uno lo mata enseguida. En cambio a solas sí se habla porque no hay otros ojos y otros oídos. Entonces esas conversaciones eran a solas.

Y entonces yo le di mis puntos de vista sobre el ruralismo, la reforma agraria, las clases medias. El me oyó y me dijo: «Mire Methol, Ud. es muy joven, Ud. quiere salir con una gran bandera, y si salimos con una gran bandera los enemigos no nos dejan caminar por dentro, nos ven con una gran bandera, la hacen harapos cuando caminemos cinco metros, a los diez metros no queda sino el palo y con ese palo nos dan una paliza y nunca más salimos a la calle».

«No; hay que salir con un trapito; con un palo y un trapito, una cosita chiquita y los enemigos se van a reír, y nos van a dejar andar y vamos a continuar caminando con trapitos no con banderas. ¿Porque Uds. se creen que la oligarquía terrateniente me ha dejado vivo y me ha dejado que yo continúe con la lucha de botudos y galerudos y no me han matado? ¿Por qué? Porque yo les tiré barro, los herí, en su prestigio pero no les toqué el bolsillo y por eso me dejaron tranquilo».

Nardone empezó escribiendo tangos y después va a «El Día»<sup>4</sup>, porque su padre era italiano garibaldino. En «El Día» Nardone (que tuvo sus comienzos anarquistas) entra a

hacer la crónica policial de su zona, del Barrio Sur hasta el puerto. El me decía: «¿Dónde yo aprendí política? Aprendí en El Día que era el centro del poder en el Uruguay».

«En aquella época, año 27, 29, 30, todo el poder estaba concentrado en El Día y ahí iba Ghigliani, Brum, estaban todos, y entonces yo allí sabía y me enteraba de todo porque como yo no era nadie, cuando yo estaba no existía, entonces yo no hablaba porque era un sirviente, no existía y como no existía, oía todo. ¡Qué importaba!».

«Entonces ahí vi como era la trama de las luchas entre la gente y qué quería el senador tal y que quería el otro, cómo conspiraban entre sí, cómo luchaban entre sí y yo era, como una silla que estaba allí, ni se molestaban en hacerme ir. Así empecé a aprender lo que son las cosas que están en juego».

Me agregó: «Yo en mi vida entré siempre, en todos lados. Yo como italiano no soy nadie, entonces en mi vida he entrado siempre por la puerta de servicio. Siempre entré por la puerta de servicio y en la política también, voy a ir entrando por la puerta de servicio, porque si no, no puedo entrar, si no, no me dejan entrar, no me está permitido entrar por la puerta grande, porque por ahí entran los señores de la ciudad, hay que ser reconocido como señor de la ciudad».

Podría contar muchas otras, extremadamente interesantes que dan su modo, su sensibilidad. En algunas cosas era un hombre muy profundo que sabía lo que era el poder y la debilidad. Si la sociedad tiene doce pisos, vamos a suponer, yo era del sexto piso. Entonces como yo ya estaba en el sexto piso ya era un tipo digno, entonces a mí, no me empuje señor, las humillaciones las habría tenido mi tatarabuelo o mi abuelo como carrero en el Rincón del Cerro, no se, pero yo ya estaba en el sexto piso de manera que yo caminaba, yo podía tener principios, pero no es tan fácil tenerlos cuando se nace en el sótano o en la planta baja. Entonces yo vi la aventura de Nardone de subir del sótano en su vida, lo que normalmente se hace en varias generaciones, él lo hizo como persona. Yo decía a veces en aquella época con él y con su esposa, Doña Olga: «he aquí un matrimonio contra la historia, porque era un repechaje, visto en esa dimensión».

Al tiempo, rompí con él pero no le guardé nunca rencor ni aversión nunca, mas bien tuve pena, cuando yo rompí. Hoy me mostró alguien el artículo que yo escribí cuando rompí, «Adiós Señor Nardone», y claro se lo hice con una maldad imperceptible, solamente él las podía captar, las perversidades estaban en que él lo leyera, y tan perverso fue, porque yo le anunciaba su muerte política, que el me respondió, aludiendo a mi tartamudez, o sea se irritó tan profundamente que perdió los estribos, una cosa impresionante.

Bueno, pasó, pero yo reconozco que mi experiencia rural fue el conocimiento no sólo psicológico y de la gente, de las gentes y de los modos de trabajar sino de los secretos de la vida histórica del país; porque para mi fue la percepción que la esencia del país había sido lo que yo adopté como concepto de renta diferenciada.

O sea, que el país había vivido de un excedente agrario, que dependía más de la necesidad del mercado comprador, que del trabajo social invertido, que era muy escaso. Y que de esa inmensa riqueza, por renta diferencial, que es un concepto de Ricardo, que también acepta Marx, de ese núcleo, (no en función de la teoría de la plusvalía que yo no acepté en absoluto nunca), surgía la esencia de la prosperidad y los modos de

decadencia del Uruguay. Es decir, éramos un país que en cierto sentido había usufructuado, era un gran usufructuario de su renta, de su excedente agrario gigantesco los terratenientes, son una clase propietaria que ha pensado muy poquito porque no hacía falta ser ni empresario, (un almacenero digo yo, tenía una empresa más complicada que gobernar que una estancia, infinitamente más complicada), para lograr aquel fabuloso excedente agrario.

Es decir que tuvimos una clase dominante esencialmente rentista, no una clase dominante productora, era rarísimo, una clase rentista, una clase parasitaria de una gran riqueza que dependía mas de la reproducción de la naturaleza, del amor de los toros con la vaca, que de su inteligencia, o de su capacidad, y el segundo usufructuario era el gigantesco aparato del Estado al que pertenecía, que también vivía de una parte de ese enorme excedente.

Y ese enorme excedente subsidiaba industrias con sus patrones y con sus obreros, pero esencialmente eran industrias subsidiadas, sin competitividad fundamental porque con la estrechez del mercado interno era imposible lograr en el Uruguay industrias de escala eficaces. Pero entonces de dónde era que sacábamos todo, lo sacábamos del excedente, de esa renta diferencial extraordinaria, que tan escaso esfuerzo social nos costaba, porque Ford, porque Edison, porque los empresarios yankees, han tenido que cronometrar cómo se hace un auto dividido en 800 partes para que el obrero ponga cada uno una para hacer un auto, cuando entra en la cinta y cuando sale que esté hecho en tanto tiempo y con tal precisión, es decir, son tipos que han tenido que pensar mucho e inventar permanentemente

Y aquí ¿Quién inventa? ¿Uruguay inventa algo? No, casi nada, entonces nosotros hemos tenido una clase parasitaria, un Estado parasitario, todos hemos sido parásitos de la vaca, fundamentalmente y eso era lo que estaba en crisis, eso era lo que no nos podía sostener más, lo que generaba el cine club y la vida como representación y una cultura bizantina y superflua y sin efectividad, el Estado es el sitio donde hay una inteligencia desperdiciada y sin uso fabulosa, porque el país no le inventó nunca vías productivas reales o no podía, quizás no pudo.

Invirtió casi todo en los frigoríficos es decir, el Uruguay batllista, es ininteligible sin los frigoríficos y la enorme prosperidad; y nosotros en el 50 asistimos al final de la industria frigorífica tradicional. Se terminó el mundo que había sostenido a aquel Uruguay. Se terminó.

Vivimos ese proceso en los años 50. La destrucción de los fundamentos económicos que había sostenido las obras de Batlle. Entonces vamos a decir así, pienso que esto para mi fue una enorme experiencia e hizo que mi lógica y mi percepción no fuera atípica, porque la izquierda se resistía a una comprensión del país en que en última instancia la riqueza estuviera generada por algo que no era directamente la explotación, y en mi opinión no lo era, digo como riqueza de conjunto, no lo era.

Más bien, decía yo en broma, cuando los ingleses se iban, hemos perdido a nuestro imperio, porque eran unos administradores y compradores macanudos. Entonces me parece que eso hizo que mi vida política y su lógica no hubiera sido en mi opinión comprendido en el país por mis amigos, Trías creo que sí me entendía, pero digamos generó un comportamiento atípico, esa concepción que no estaba ligada ni al arrebatado

miento de la plusvalía que yo no aceptaba, incluso en el estudio que hice sobre ruralismo digo formalmente no comparto la opinión de Trías de su idea de cómo ha operado el imperialismo en el Uruguay. La zonas ganaderas, Nueva Zelanda, Australia y Uruguay y no Argentina, la pampa argentina, el litoral argentino, hemos sido beneficiados por el imperialismo, por la lógica del imperialismo y eso es lo que se nos ha terminado.

Les quería dar un pantallazo del tipo de problemas de entonces y como surgió, también, la concepción de que nuestra industrialización era la industrialización argentino-brasileña. Ahí nació en esos años, 53-54, la idea de que la lucha por la industrialización nacional era nuestra inserción en la unidad argentino-brasileña. Es que el Uruguay transatlántico se terminaba y nos teníamos que reinsertar de alguna forma, en lo que recién ahora se está poniendo en marcha, como el Mercosur.

---

1.- La residencia de Herrera.

2.- Emisora desde la cual «Chicotazo», al mediodía, hablaba sobre temas ruralistas. Chicotazo fue el seudónimo del controversial Benito Nardone, elegido, en 1958, dentro del Partido Nacional (Herrerismo) miembro del Consejo Nacional de Gobierno (segundo régimen colegiado del Poder Ejecutivo).

3.- Gringos: Los inmigrantes llegados al país criollo.

4.- «El Día», diario publicado por José Batlle y Ordóñez, líder del batllismo fundacional, dentro del Partido Colorado

## **1. EL SINDICALISMO**

### **• YAMANDU GONZALEZ SIERRA**

Me voy a referir a las cuatro grandes experiencias de sindicalismo rural que recorrieron el paisaje social del campo uruguayo en la década del 50: la experiencia de los arroceros de Treinta y Tres y de Rocha, la experiencia de los peones de tambo de Florida, San José y Canelones, la experiencia de los remolacheros de Paysandú y la de los cañeros del Espinillar-Salto, que precedieron la gran experiencia pre-dictatorial de los cañeros de Artigas, que mucho tiene que ver con las experiencias anteriores, con éstas a las que voy a referirme, pero UTAA<sup>1</sup> es fundado recién en 1961.

Me parece importante dar un poco de información con respecto a lo que sucedió porque me da la impresión de que eso va a hacer comprensible las conclusiones que se pueden sacar de esas situaciones vividas por el sindicalismo rural en la década del 50.

Los arroceros tuvieron una primera protesta, casi una huelga o motín, en 1932 en la zona de Treinta y Tres, cercano a la Charqueada, cuando recién se había iniciado el cultivo del arroz. Una protesta no demasiado organizada, espontánea, muy dura y derrotada, como sucedió tantas veces, por la represión policial. Entre las cosas que reclama-

ban era el cese del pito a las 8 de la noche, porque en las arroceras, así como en otros cultivos o actividades como las areneras de la zona de Colonia, se tocaba a silencio a cierta hora, en los poblados adyacentes a los cultivos o a la zona productiva, para que se apagara la luz y hubiera silencio y no entrara más nadie, no saliera más nadie y no se gastara más electricidad, lo que convertía a esos pueblitos en una especie de feudo de las empresas.

Y una de las reivindicaciones de aquellos trabajadores, que tal vez poco sabían de sindicalismo, pero que no estuvieron dispuestos a soportar esa situación, era esa, además de los salarios, la eliminación de la policía en la propia empresa.

En 1940, aunque parezca sorprendente, por iniciativa en 1936, de diputados herreristas y terristas durante la dictadura de Terra, se aprobó una ley regulando las comisiones de trabajo en las arroceras. Previamente, hubo un informe, que seguramente influyó en la decisión parlamentaria, sobre las rudas condiciones de vida en las arroceras, que llevó al propio oficialismo dictatorial a promover dicha ley, que permitió encarar y plantear una serie de aspectos.

Entre ellos la regulación del salario, el control del salario, el cumplimiento de los salarios porque como se pagaba en bonos, muchas veces se daba bonos a los trabajadores para que los canjearan en las cantinas, porque no le daban el efectivo necesario. Y quedaba el trabajador como prisionero de las cantinas, en la medida en que vivía en torno a una moneda, si se quiere llamarlo de alguna manera, de circulación interna. Lo que limitaba y obligaba al trabajador a vivir prácticamente en el ámbito de ese arrozal, procedimiento que después fue utilizado en las remolacheras o en las empresas cañeras de Bella Unión.

Otra cosa que se reguló fue la exigencia de que hubiera locomoción, porque a veces los trabajadores tenían que caminar diez kilómetros. La nueva ley obligaba a transportarlos si la distancia era superior a 1.500 metros, también se les obligaba tener agua potable en los lugares donde se iba a trabajar, porque muchas veces los trabajadores en el arroz tenían que tomar la propia agua del lugar donde estaban cultivando, de las taipas, esa agua estancada donde estaban haciendo la plantación. Tenían que tomar de esa agua porque no había otra agua disponible. Al mismo tiempo la ley estableció que debían hacerse habitaciones, viviendas, con 17 metros cúbicos de aire, para cada trabajador, duchas frías, calientes y gabinetes higiénicos. Muchos años después, un prestigioso periodista<sup>2</sup> escribió en *Marcha*, que de la ley de arroceros, de toda la ley, lo único que se cumplía era el artículo que decía, publíquese y archívese, porque del resto no tenía vigencia en las arroceras y no tenía vigencia por una razón que es una razón constitutiva del movimiento sindical, no alcanza que exista la ley. Para que la ley se cumpla se precisa la presencia organizada de los trabajadores para vigilar su cumplimiento. Eso fue siempre así.

Fue así ya cuando se impuso la ley de ocho horas, y una de las primeras medidas de los trabajadores fue decidir crear comités para obligar el cumplimiento de la ley de ocho horas. Luego de muchos intentos registrados por la prensa, uno es muy interesante, si alguna vez tienen tiempo o interés hay un libro que se llama «Bocas del Quebracho» donde Osvaldo Giménez creo que así se llama, escribe un libro relatando la experiencia de organización y de lucha sindical, un hermoso libro, muy duro, muy crudo, porque esto

parece un catálogo de las perversidades, muchas de las cosas que voy a decir, pero formaban parte de la realidad, que si no hubiera habido presencia organizada, sindical, social, política, esa realidad tal vez no hubiese cambiado.

Entre el 40 y el 56, cuando se crea el SUDA, Sindicato Unico de Arroceros, hubo una serie de experiencias malogradas, por la violencia muchas de ellas. En el 56, en marzo del 56, estimulado por la presencia de un trabajador metalúrgico, Orosmán Leguizamón, conectado con sus compañeros de Treinta y Tres, entre los cuales estaba Manuel Toledo, y con muchas otras personas, se logró crear ese Sindicato, S.U.D.A, que reclamó cumplimiento de las leyes, cumplimiento de la ley del 40, aumento de salarios, pagos de horas de extras dobles, pago de aportes jubilatorios, y todas esas cosas que las empresas no cumplían.

En las primeras negociaciones, luego de un paro de 72 horas, lograron el aumento de salarios, en plena zafra. Las patronales estaban desprevenidas, no previeron el problema, la organización fue clandestina, en estos casos de sindicalismo rural, la organización al inicio, siempre es clandestina. Cuando tiene cierta posibilidad, y logra realmente cierta fuerza, el sindicato aparece, y ésto ocurrió al terminar la zafra. A partir de allí las empresas, discriminatoriamente, le bajaron el salario a los trabajadores que eran más protagonistas de la vida sindical.

De todos modos el sindicato estaba en un período de auge, de organización, con muchas dificultades, que muchos compañeros aquí deben conocer, los candados en las porteras, la imposibilidad de entrar, el hecho de que las empresas fueran feudos privados donde no se podía circular, no había derecho a la circulación, con lo que impedían que los activistas transitaran de una empresa a otra u otras personas fueran a ver a los lugares donde vivían los trabajadores, es decir un trabajador no tenía derecho a recibir en su rancho a una persona que venía a visitarlo, si no justificaba que era pariente o tenía alguna razón especial, medidas todas que tomaban las patronales para bloquear la experiencia de sindicalismo rural.

En el año 57 estalla una huelga que da lugar a que se viniera a Montevideo en camiones a reclamar los derechos que no se conseguían en los arrozales. Y ésto mostró un aspecto particular: no se conseguían camiones, porque el poder local se sumaba a la omisión del Estado en el cumplimiento de la ley, No sólo había la violación de la ley, sino la combinación de intereses entre los empresarios, la policía, las personas influyentes, a veces la propia dificultad económica de un camionero que dependía de la empresa para quien hacía los fletes, impedía de pronto transportar trabajadores arroceros a Montevideo, porque quedaba en una lista negra o «quemados» para siempre.

Hubo dificultades para traer los trabajadores a Montevideo, pero vinieron hacinados en dos camiones, hicieron un acto en Treinta y Tres, primero, luego en Minas, y fue un espectáculo conmovedor, su llegada a Montevideo, porque el país urbano, la realidad urbana, si bien se hablaba de reforma agraria, ese fenómeno de 400 hombres descalzos y harapientos recorriendo la ciudad fue una cosa conmovedora que llevó a mucha gente a plantearse el tema de esa realidad rural, de ese Uruguay rural, de esa democracia inconclusa, de esa fantasía y realidad al mismo tiempo, porque efectivamente habían muchos logros desde el punto de vista social pero ese contraste dramático entre la realidad urbana y la realidad rural, más allá de que me parece importante decir, que

muchas de las leyes en el ámbito urbano, diría que casi todas las leyes laborales y sociales, se cumplían porque hubo una denodada lucha.

El otro día cuando intervine no lo planteé esto pero me da la impresión de que el sindicalismo clasista y muchos de los compañeros que están acá coincidirían con esto, se afirmó porque en FUNSA, en metalúrgicos, en textiles, hubo una lucha hasta física, cuerpo a cuerpo, contra carneros, contra adictos a las empresas, contra las seccionales policiales que a veces estaban como estacionadas dentro de las empresas impidiendo las acciones de los trabajadores. Y hubo momentos en que la lucha fue muy dura, tan dura que hubo que enfrentar físicamente a los que impedían las expresiones del sindicalismo clasista. Eso sucedía en Montevideo. Pero sucedía aún en forma más aguda en las empresas rurales del interior.

En Montevideo, la experiencia de los arroceros fue muy importante en muchos aspectos: la solidaridad magnífica de los trabajadores del Frigorífico Nacional, que iban dejando un kilo de carne y a cierta altura, cuenta un trabajador arrocero, tenían que irse porque ya no sabían qué hacer con la cantidad de carne que recogían como solidaridad en el camión, la solidaridad de Alpargatas, de los trabajadores de las metalúrgicas, fue muy importante.

Acamparon frente al Palacio Legislativo, lograron luego de la intervención de la Comisión de Legislación, de las mediaciones del Ministerio de Industria, un convenio con la Asociación de Cultivadores de Arroz que determinó el aumento del salario y al mismo tiempo el aumento del precio del arroz que, era lo que las empresas querían para firmar el acuerdo.

Vuelven a Treinta y Tres, yo digo vuelven en alas de la victoria, vuelven felices pero sucede allá que algunas empresas muy importantes dicen no haber firmado el acuerdo y con los soldados de línea apuntando, las empresas deciden quien entra y quien no entra y son despedidos 200 compañeros que se podría considerar que fueron los activistas fundamentales de esa experiencia. A pesar de los esfuerzos posteriores, especialmente de Manuel Toledo y sus compañeros de Treinta y Tres empezó un período de declinación debido a que el movimiento sindical no pudo revertir aquel problema que se había planteado de persecución y destrucción física y de impedimento físico de los compañeros de entrar a trabajar.

No obstante la Bancada Socialista planteó en aquel momento una ley de cooperativa con expropiación de tierras que permitiera resolver el problema y encarar una experiencia productiva para los trabajadores del arroz que habían sido despedidos, pero el proyecto de ley no tuvo andamio.

Esa experiencia fue una de las más significativas del período por lo que le mostró al país urbano, porque mostró los límites inclusive de la legalidad, porque puso en evidencia que no bastaba que existiera la ley y la necesidad de justicia para que fuera efectiva, en todo el país, la democracia uruguaya.

Pero hay otras experiencias a las que me quiero referir. Por ejemplo la de los peones de tambo. Los peones de tambo intentan organizarse allá por el año 43, aunque hay alguna experiencia anterior, promovidos por la UGT en Mendoza. Un compañero que fue el protagonista más importante de un conjunto de experiencias, el compañero Anto-

nio García, se instaló en Mendoza, y ayudó a redactar unos manifiestos y trabajó con la gente, incluso se hace un acto del 1ro. de Mayo en Isla Mala allá por el año 43, pero el sindicato no logra afirmarse.

En el 46 hay un episodio muy importante del cual fue protagonista Pedro Aldrovandi, ya vinculado al área campesina y sindical rural de la UGT: la huelga en Isla Mala, donde los trabajadores lograron conquistas. En el 48 hay otro conflicto muy importante, en la empresa de Capurro, Ramón Hnos. que incluso involucró a los compañeros de Conaprole, esa experiencia fue disuelta por el ejército que fue a los tambos, que fue a todos lados, que llevó a mucha gente presa, y eso liquidó a la experiencia.

Pero en el 53 un nuevo intento de la UGT, otra vez el compañero Antonio García, con la colaboración de José Cinola, y de Pedro Aldrovandi, permitió, instalándose en Mendoza, crear un sindicato más o menos estable que en el 54 ya llegaba a Isla Mala, actual 25 de agosto y allí comenzó una acción sostenida.

En el propio año 54, un compañero que concurría a una asamblea fue despedido por esa razón en el tambo de Duró, lo que dio lugar a una huelga que se generalizó, una huelga importante con presencia de la policía, amenazando con revólveres en la mano, llevando gente detenida, impidiendo poner carteles en los pueblos donde los peones de tambo se reunían y finalmente hubo una negociación con los remitentes de leche a Conaprole, firmándose un convenio, que es admitido, por un 25% de los otros tamberos. El convenio recoge el aumento salarial, pero, luego de firmado, y de haber sentido que habían vencido la resistencia patronal inicial, el convenio en gran parte es violado.

El año 55 y 56 se vive la experiencia del intento de aplicación de aquel convenio y el 6 de diciembre del 56 los trabajadores del Sindicato de Peones de Tambo deciden ir a la huelga para el cumplimiento del convenio. Fue una lucha muy dura, con enfrentamiento de los carneros, creo que unos 20 compañeros fueron encarcelados por cinco meses, el conflicto había terminado y quedaron en la cárcel de Florida esa veintena compañeros procesados del Sindicato de Peones de Tambo.

Los compañeros del Sindicato de Peones de Tambo encaran lo que fue la primera marcha a Montevideo, estamos hablando del mes de diciembre de 1956, entran en Montevideo a fines de diciembre, aquí permanecen también recibiendo solidaridad, y se da un fenómeno que es muy importante, el primer paro general del movimiento sindical urbano en solidaridad con los trabajadores del campo, eso fue el 7 de febrero de 1957, un hecho significativo porque en aquel movimiento sindical que estaba buscando su unidad, que estaba discutiendo como lograrla después del gran conflicto de los trabajadores de la carne del 56. El paro solidario fue un acto coordinado de todas las tendencias del movimiento sindical en apoyo a las reivindicaciones de los trabajadores de tambo.

Un día después del paro general el 8 de febrero, el Senado aprobó las leyes que estaban reclamando. Pero había tenido un precio alto. Siempre las luchas sindicales rurales tienen un precio alto en despidos, listas negras, imposibilidad de volver a los lugares de trabajo, eso dio lugar a que muchos compañeros tuvieran que ir a otros lugares, algunos de ellos por ejemplo fueron a dar a las remolacheras.

En el año 57 luego de algunos antecedentes más o menos espontáneos también en la década del 40, algunas huelgas en Azucarlito, se da una lucha entre los remolacheros que tenían una serie de reivindicaciones: cumplimiento del estatuto del trabajador rural, aumento de salario, y todas esas reivindicaciones iniciales del movimiento sindical rural que eran para obligar el cumplimiento de la ley.

Había algo especial: la empresa estafaba a los trabajadores porque les descontaba el «destare» o descarte. Los trabajadores, a veces, trabajaban en medio del barro, porque había llovido, levantaban la remolacha, la cargaban y la enviaban al ingenio, pero la empresa decidía pagar sólo el peso neto, los trabajadores reclamaban que se les pagara por todo lo recogido, y cargado. A veces había un 50% de descarte y ello significaba, de hecho, una estafa a los trabajadores. Una huelga muy dura, tan dura era que al mes de haber empezado o un poco antes, la policía exigía para circular en las calles, haber probado de que habían pasado por la comisaría en Paysandú.

En Paysandú la lucha de los remolacheros trascendió el marco sindical, mientras que en Treinta y Tres, a pesar de los esfuerzos propagandísticos y a pesar de las denuncias, hubo una cierta distancia del mundo urbano con respecto a lo que estaba sucediendo durante y después de la huelga y frente a la ulterior destrucción del sindicato. En Paysandú, fue una lucha pública. La ciudad de Paysandú tomó partido, la derecha de la ciudad hizo actos por la democracia y los trabajadores recibieron mucha solidaridad.

La prensa urbana de Montevideo informó profusamente de aquel conflicto y sucedió que las patronales crearon un sindicato amarillo, no reconocieron al SUDOR, el Sindicato Unico de Obreros Rurales que se había creado unos meses antes, que Sendic, que en ese momento era un asesor de los trabajadores como procurador y periodista, en aquel momento de «El Sol», semanario del PS. Había ido a Paysandú por algunas razones políticas, pero siguió de cerca el conflicto, colaboró, fue detenido en un momento junto a un militante comunista, —además— Rezzano, importante en el conflicto al lado de los hermanos Rodríguez Santana; y estaban varios compañeros que fueron decisivos en el sindicalismo rural posterior, como Julio «Cachorriño» Vique, Severiano Peralta y Jorgelino Dutra, compañeros todos que abrevaron de esa experiencia de los remolacheros.

Bueno en un momento Sendic fue detenido con Severiano Peralta, con Rezzano y no me acuerdo con quien más y le dice al comisario que iba a presentar un recurso de habeas corpus y el comisario le dice, «no me vengán con esas cosas comunistas», Desconociendo que existía ese derecho a favor de todo detenido. A Jorgelino Dutra se le colocó una piedra en el cuello y se le amenazaba con tirarlo al río si no reconocía «sus delitos».

Un conflicto violento, duro, que realmente el sindicato incipiente no pudo resolver y quedó un núcleo organizado tratando de mantener la actividad pero las exigencias de las patronales de que las personas que trabajaban en las remolacheras fueran del sindicato amarillo, en cierto modo fueron desalojando al SUDOR de la posibilidad de ser representante de los sindicatos que estaban en la actividad y el sindicato fue en cierto modo también languideciendo aunque después reaparece con renovadas fuerzas.

Muchos de los compañeros remolacheros se fueron al Espinillar (Salto), empresa de ANCAP que había iniciado sus actividades en el 51. Algunos se cambiaron sus nombres

inclusive, porque estaban en listas negras. Las condiciones en El Espinillar eran muy duras, pero había una situación curiosamente nueva, sorprendentemente, me parece que es extremadamente destacable, que es el hecho de que el patrón era ANCAP, era el Estado. Es decir lo que podía imputarse a las empresas privadas o en pueblos perdidos, en El Espinillar la super-explotación la hace el Estado.

Quien debía velar por los derechos, quien era omiso y culpable de negligencia en el no cumplimiento de los derechos, en Salto es el responsable de no pagar aguinaldos, no pagar licencias, no pagar aportes. Luego de las primeras experiencias, los primeros logros, parece que los sindicatos todavía sorprenden a las patronales y ahí logran arrancar algunos derechos, al poco tiempo la empresa niega una plataforma y los trabajadores deciden hacer un paro para hacer una asamblea y El Espinillar es cercado por el ejército que requisó, echan a Severiano Peralta, hay algunos compañeros como Armando Aguirre, de nuevo Severiano Peralta, Jorgelino Dutra, que contribuyeron a la creación de ese sindicato.

Están también los hermanos Rodríguez Santana nuevamente allí que habían venido de la experiencia de los remolacheros. Esto es importante reconocerlo porque hay un fenómeno, se pierde algo cuando se destruye un sindicato, pero hay un fenómeno de difusión organizativa a través de los compañeros que van yendo de una experiencia a otra.

Ante esa situación los trabajadores de El Espinillar hacen una marcha a Salto, acampan en Salto, logran cosas, y van logrando una serie de derechos en la década del 60, pero es interesante ver otro aspecto, las tarjetas políticas. Los administradores de ANCAP les exigían a los trabajadores, para darles el puesto en El Espinillar, el haber pasado por comités políticos blancos y colorados en Salto.

Es decir que quien no presentaba recomendación política partidaria, blanca o colorada, no tenía posibilidad de trabajar, y hay un libro interesante de un diputado de Salto, Fa Robaina, donde él colecciona textitos de los pedidos de la gente, diciendo bueno, vino la zafra, quiero trabajar en El Espinillar. El asunto es que estaba profundamente corrompido todo un sistema de ingreso y de reclutamiento de fuerza de trabajo en El Espinillar.

Hay un elemento nuevo, el Estado viola las leyes, pero además desde el aparato del Estado se utiliza aquello como una forma de reclutamiento político y de acción anti sindical.

En grueso, esas son algunas de las cosas que pasaron en el sindicalismo rural en la década del 50. Qué significó aquello, básicamente para el Uruguay urbano, para Montevideo, fue el descubrimiento de un Uruguay desconocido, de la pobreza extrema, de la marginación, pero además una cosa que sorprendía y asustaba a algunos sectores.

Era pobreza organizada. Porque como dice Benedetti por ahí, si la pobreza fuera de gente que vive en ranchos o de barrios marginales, se podría resolver con mucho rummy canasta, pero la pobreza organizada de gente que reclamaba derechos, era una cosa que provocaba odios, en cierto modo, el sindicalismo rural mostró un rostro que conmovió a la izquierda por no conocer tanto y conmovió a la derecha por los peligros, además eran trabajadores que estaban vinculados a actividades fundamentales del país y que

además cuestionaban la propiedad de la tierra, cuestionaban el ordenamiento de la dominación de clase fundamental del país.

Pero al mismo tiempo permitió que el Uruguay se integrara y, en alguna medida, se profundizara en el conocimiento y la realidad del Uruguay. Pensando en Vivian Trías, a quien confieso no conocer profundamente, creo que profundizó en la realidad nacional y popular, como explicó el otro día Methol Ferré hablaba del reencuentro con la frontera americana, con la realidad del país a partir de mediados de la década del 50.

En cierto modo la irrupción del proletariado rural y de la realidad del campo, permitió a muchos intelectuales y a la izquierda pensar desde otro ángulo el hecho de ese Uruguay rural que no conocían suficientemente y que ofrecía una cosa que era interesante, que era una fuerza transformadora desde el campo porque la ciudad no hablaba de la reforma agraria pero habían hombres de campo que hablaban de la reforma agraria. Trabajadores rurales, era una cosa realmente importante, socialmente importante, políticamente importante, porque incitó a la reflexión teórica, a la reflexión política con respecto a la reforma agraria y al papel de la lucha por la reforma agraria.

Y en lo sindical ensanchó el movimiento, creó nuevas esperanzas, nuevas solidaridades. Los trabajadores urbanos que por entonces era un período en que empezaban a organizarse más masivamente aún los trabajadores de cuello duro, los funcionarios estatales, entonces empezó aquella trilogía, los obreros, los funcionarios del estado y los trabajadores del campo. Fue una cosa que insufló entusiasmo, esperanzas, más allá de estas dificultades que se dieron. Pero además mostró otras cosas, mostró lo que es el funcionamiento de la democracia política.

Muchas veces no existían leyes, no había consejos de salarios para los trabajadores del campo, no había ocho horas para una serie de actividades. Pero demostraba que las leyes que habían tampoco se cumplían que el Estado era omiso y que sin fuerza para poder imponer la ley, las leyes no se cumplían.

Aparecían casos por ejemplo que un inspector de trabajo de Treinta y Tres que era a su vez el proveedor de lubricantes de las empresas arroceras. ¿Podía ser razonablemente alguien proveedor de lubricantes de mañana y sancionador de la violación de una ley de tarde, para la misma empresa? No era, había omisión, corrupción también del aparato que tenía que hacer el control de ese tipo de actividades. Porque ahí funcionaba el poder local.

A veces la disposición de algunos dirigentes o de empresarios obligaban a cerrar una audición radial. Pasó en Treinta y Tres, pasó en Bella Unión, obligaba a los empresarios chicos que a veces les daban trabajo a los trabajadores organizados, a decirle bueno, si Ud. le da trabajo a los trabajadores que están en ese sindicato, yo no le recibo en el ingenio la caña de azúcar, la remolacha, cosa que sucedía.

La sociedad comprobó en aquel momento que la democracia no era capaz de imponer el derecho y la justicia. Pero además los asalariados comprobaron que tener razón y existir leyes no era suficiente. Se tenían que organizar clandestinamente, muchas veces lograban llevar a los inspectores de trabajo a ver las situaciones en que estaban concretamente, lograban de que los inspectores sancionaran a las empresas, muchas veces las empresas no cumplían con las disposiciones que establecía el Estado y además

existía la impunidad, impunidad del uso de la policía, en el libro mío aparecen documentos de la policía de prohibición de actividades, de violación de todos los derechos de reunión, de asociación, de huelga.

Pero además puso en evidencia otra cosa esta experiencia, el papel democratizador de los sindicatos, porque estas experiencias lograron cosas, no fueron sólo frustración, lograron controles, que muchas veces hicieron posible que las empresas pagaran a los trabajadores adeudados, o que se cumplieran algunas leyes o que se iniciara el trámite parlamentario de leyes, algunas de las cuales fueron posteriormente aprobadas, por ejemplo una ley importante planteada por Ciganda para los peones de tambo del año 63. O esta ley del año 58 también para los peones de tambo.

Además y por último para terminar, yo creo que a través de estas experiencias, que además no son aisladas, que tienen que ver con un contexto mundial y regional, los hombres en el 60 tomaron ciertas decisiones que tuvieron que ver con un repertorio de situaciones, que tuvieron que ver con la pobreza, con la exclusión, con el incumplimiento de las leyes, con la impunidad, con el surgimiento de las bandas fascistas, armadas, con lo que pasaba en América Latina, con la intervención norteamericana, con la convicción de que para hacer algunos cambios necesariamente había que enfrentar un Estado que jugaba indudablemente a favor de los empresarios, de las patronales.

Y más allá de que se pueda discutir si las opciones fueron adecuadas o no, yo creo que la experiencia social y política, ( la corrupción política, el uso indebido del aparato político de los partidos tradicionales, las irrupciones militares, pronunciamientos, reuniones, malestar de los militares que constituían ya una fuerza organizada) determinaron en alguna medida, que mucho de los compañeros que transitaron la década del 50, tomaron las opciones que tomaron en el 60.

Discutibles sin duda pero no se puede entender el 60 sin entender lo que pasó en el 50 y sin entender además que estas experiencias que en alguna medida marcaron decisivamente la conciencia, que contribuyeron a la conciencia de la crisis que los uruguayos fueron forjando y me parece que este conjunto de factores entonces, estuvieron en la agenda para decirlo como se dice habitualmente, de quienes en el 60 decidieron algunas opciones políticas como las que posteriormente se vivieron.

Y me parece importante decirlo porque el liberalismo pretende de que la crisis del país es debido a la irrupción de una izquierda ajena al país que aprendió la experiencia de la Revolución Cubana, que por supuesto la Revolución Cubana influyó, pero influyó porque tenía que ver con nuestra realidad, porque se insertó en ella, porque uno leía en la Revolución Cubana con la cual tantos hemos estado identificados, leíamos cosas que tenían que ver con la realidad circundante del Uruguay, con la realidad cotidiana del Uruguay.

No por un afán leninista, ni extraviado ni extremista, más allá de que todas las opciones políticas que se adoptaron en la década del 60 sean tema de discusión y que además es evidente que no siempre se puede hacer lo mismo ni se debe hacer lo mismo, ni que se trata de creer que lo que se aprendió en el 50 es aplicable para hoy porque hay que aprender también cosas nuevas sin olvidar también los aspectos más estructurales de lo que es el sistema en el cual vivimos.

Pero me parece que ésto tiene que ver con un liberalismo que lee la realidad de acuerdo con sus intereses y a sus conveniencias y pretende eludir su responsabilidad en lo que fue la crisis del país, crisis política, ideológica, económica y social donde la izquierda operó aprendiendo de esa realidad, proponiendo cosas y por eso yo creo que hoy el caudal de acumulación de la izquierda tiene que ver con esas experiencias del 50 y del 60, de masas, donde mucha gente aprendió a entender lo que era su realidad y el mundo. Y me parece que esto son cosas, de que están en el trasfondo de lo que hoy debemos pensar y reflexionar sobre estas experiencias vividas.

- 
- 1.- Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas.
  - 2.- Gutemberg Charquero.